



LAS ELEGANTES
(episodio 2)
CECILIA ATTIAS

Una atípica primera dama

Fue una *première dame* inusual. Meses después de separarse, regresó junto a su marido, Nicolas Sarkozy, para apoyarle en su carrera hacia el Elíseo y, cuando lo consiguió, le abandonó para siempre. Hoy, CECILIA ATTIAS escribe un libro junto a su hijo LOUIS SARKOZY en el que hablan de sentimientos, política, relaciones familiares y religión.

—Vis Molina. Realiza: Jess Monterde. Fotos: Weston Wells.



New York, New York

Cecilia Attias y Louis Sarkozy, junto a Geek, nos reciben en el corazón del Upper East Side de Manhattan.

Cecilia lleva un vestido negro de Alberta Ferretti, pendientes, Monies y zapatos, Salvatore Ferragamo.

“El día que enterramos a mi madre sonó el teléfono. Era Jacques Chirac para anunciarle a Nicolas que sustituiría a Philippe Séguin en las elecciones europeas. La noticia me resultó insoportable, precisamente en ese día tan triste para mí. Ponía en evidencia lo irrespetuosa que puede llegar a ser la política”

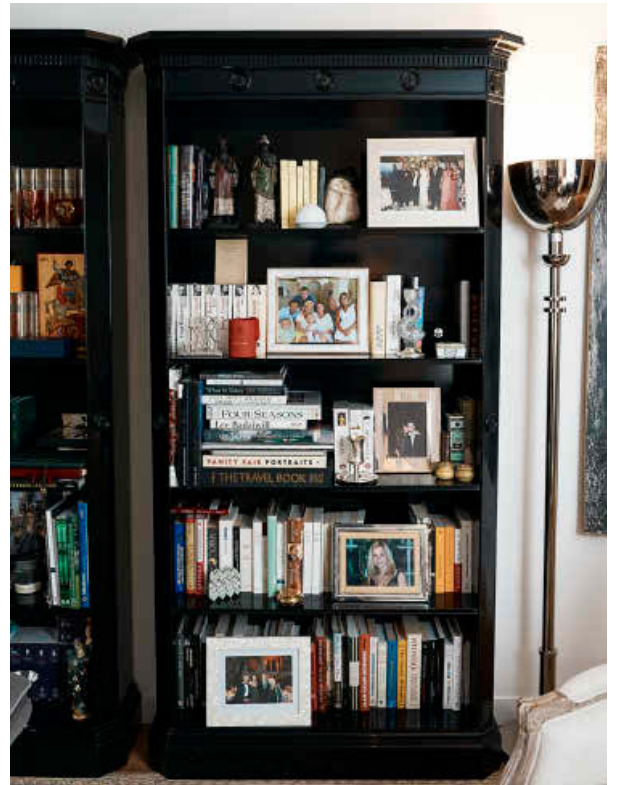
(Cecilia Attias)





Madre e hijo

Cecilia, junto a su hijo Louis Sarzoky, con chaleco y pantalón de Max Mara, camisa, Chloe, sandalias, Bottega Veneta, anillo, Dior y pulseras de Tiffany & Co.



En casa de los Attias

De izda. a dcha. y de arriba abajo: recuerdos familiares sobre el piano estrenado por Lang Lang; tablero de backgammon; fotografiada junto a su marido, el publicista Richard Attias; juego de café, y la espléndida vista de Central Park desde el salón.



Cecilia en el comedor, de espaldas a algunos objetos de plata que pertenecieron a su madre. Lleva jersey de cuello alto, Ralph Lauren, pendientes, Hermès, pulseras de Tiffany & Co y sus propios pantalones y zapatos.

Este piano me lo regaló Richard y lo estrenó Lang Lang, el gran pianista chino, en una noche mágica. Estábamos instalándonos en esta casa, apenas teníamos muebles, pero Richard se empeñó en dar una cena. Ya habían llegado todos los invitados y, mientras estábamos en el aperitivo, sonó de nuevo la puerta. Se hizo

un gran silencio al ver entrar a Lang Lang, convocado en secreto por Richard para darme una sorpresa. Interpretó *Asturias* y después *El Puerto*, dos de las piezas de mi bisabuelo, Isaac Albéniz, por las que siento más cariño”. Cecilia me relata emocionada este suceso mientras le pregunto por su relación con la música. Difícil no hablar de ello con una bisnieta de Albéniz que lleva por nombre el de su patrona. “Albéniz tenía unas manos muy pequeñas, lo que le dificultaba cubrir una octava al piano. Aún así compuso *Asturias*, una pieza muy compleja que exige un auténtico virtuosismo al teclado. A pesar de no haberle conocido, ha estado presente en momentos muy importantes de mi vida”, continúa. “El 16 de mayo de 2007, cuando Nicolas (Sarkozy) hizo su entrada en el salón del Eliseo en el que fue investido presidente de la República Francesa, la orquesta de la guardia republicana entonó *Asturias* en su versión para cuerda. También fue una sorpresa, preparada por el propio Nicolas en un gesto de gran elegancia hacia mí. Guardo esa imagen como un momento excepcional de mi vida”.

El gesto de Sarkozy hacia su segunda mujer, Cecilia Ciganer-Albéniz, se explica porque ésta había regresado a su lado para ayudarlo en la campaña hacia la presidencia, tras una separación de seis meses. Durante ese paréntesis, Cecilia vivió un romance con el publicista Richard Attias (hoy su tercer marido) junto al que emprendió una nueva vida en octubre de 2007, tras abandonar definitivamente el Eliseo.

La casa en la que tocó Lang Lang está en un piso altísimo de un rascacielos en el Upper East Side de Nueva York, con una de las marquesinas más aparentes de la Quinta Avenida. Un amplio apartamento inundado de luz natural y asomado a la mancha verde de Central Park, con la silueta del mítico Hotel Plaza recortada sobre un cielo sorprendentemente gris en este inicio de la primavera. Un salón forrado de librerías cargadas de libros y fotos familiares, el piano estrenado en esa mágica velada, muchos cuadros, Geek (un simpático Beagle protagonista de la sesión de fotos desde el primer momento) instalado en el sofá, una bandeja con vasos y botellas preparadas por si alguien quiere servirse una copa, y un comedor clásico y elegante, con las paredes pintadas en azul petróleo, candelabros y fuentes de plata. Una cocina pequeña, como mandan los cánones de Manhattan, gobernada por Yola, la empleada doméstica que es una más de la familia Attias Ciganer-Albéniz.

La vida de Cecilia podría ser el guión de una buena película. Nació un 12 de noviembre en París, el mismo día que, 30 años antes, lo había hecho su tía materna. Y lleva su nombre para homenajearla ya que esa joven, que había sido novia de Luis Miguel Dominguín y de la que Cecilia ha heredado la belleza y el porte, murió a los 24 años en un accidente de tráfico en Madrid, donde trabajaba como azafata de Iberia. La madre de Cecilia fue Diana Albéniz, hija de Alfonso Albéniz, embajador de España en Bélgica y en Naciones Unidas, también futbolista del Real Madrid y del Barça en su juventud e hijo pequeño del compositor. Cuentan que

“Gaddafi nos hizo saber que quería verse a solas conmigo para tratar la liberación de los prisioneros. Un coche me llevó hasta su búnker. Primero me entrevisté con su hijo Saif, un durísimo negociador. Luego me pasaron a una sala llena de libros apilados donde estaba él. Cerró la puerta con llave y nos quedamos solos. Después de una conversación surrealista accedió a liberarlos, pero antes debía conocer a su hija, que vivía en una casa de estilo hollywoodiense. Eran las 2 de la madrugada”

(Cecilia Attias)

Orson Welles se enamoró perdidamente de ella pero nunca fue correspondido ya que la joven Diana se prendó de André Chouganov, un zingaro judío natural de Beltsy (actual Moldavia) que huyó de su país para instalarse en París, donde cambió su apellido por el de Ciganer, montó un negocio de peletería y trabajó para firmas de Alta Costura. El matrimonio tuvo tres chicos y una chica, Cecilia. “Cuando cumplí tres años –cuenta hoy– mi madre me sentó al piano y me dijo ¡Serás una gran concertista! Así es que empecé a estudiar solfeo y piano durante dos horas diarias. Hasta que llegué a odiarlo. A pesar de que a los doce años quedé primera en el Concurso de la Ville de París, me rebelé y les dije a mis padres que lo dejaba. Toda la vida me he arrepentido de aquella decisión. Adoro la música, escucho de todo a todas horas, clásica, jazz, contemporánea ... y el piano sigue siendo mi gran aliado. Pero nunca he vuelto a tocar en público”.

Los cuatro hijos Ciganer-Albéniz recibieron una educación estricta y conservadora, aunque Cecilia aclara: “Mi padre tenía grandes amigos entre los intelectuales, como Alexandre Lagoya, Arthur Rubinstein o Joseph Kessel. Nuestra vida cotidiana era muy cosmopolita, con una madre española y católica y un padre ruso, poliglota, medio judío y medio gitano. Casualidades de la vida, mi actual marido y el gran amor de mi vida también es judío-marroquí”.

Una adolescencia cómoda y despreocupada interrumpida por el hachazo de una operación seria de corazón a la que Cecilia tuvo que someterse con solo 14 años y que, según confiesa, le marcó profundamente. “La convalecencia fue larga, agotadora y dolorosa, y eso me convirtió en una persona fuerte y voluntariosa. Entré en el hospital siendo una niña y salí convertida en una mujer madura y reflexiva. Recuerdo que durante el periodo de reposo leí *El poder*

de la voluntad, de Richard Atkinson y me ayudó mucho”. Después, Cecilia vivió una juventud que discurriría entre la Facultad de Derecho y algunos trabajos esporádicos como maniquí para Schiaparelli.

Su primer marido fue Jacques Martin, archiconocido en Francia como productor, actor y conductor de *Dimanche Martin*, un programa de televisión que hizo historia, con el que tuvo a sus dos hijas: Jeanne Marie y Judith. Esta primera boda encierra una curiosa ironía, ya que fue oficiada en 1984 por Nicolas Sarkozy, entonces alcalde de Neuilly-sur-Seine, que años después se convertiría en su segundo marido y padre de su tercer hijo, Louis, nacido en 1997.

Cecilia vivió 15 vertiginosos años junto a Sarkozy. “Nunca pensé que estaría tan conectada con la primera línea de la política –afirma–, aunque es verdad que mi familia siempre ha estado, de una manera u otra, ligada a ella. Mi abuelo materno fue embajador, mi tío Keith McLellan fue candidato a la presidencia de Canadá, y mi primo Alberto Ruiz-Gallardón ha sido ministro de Justicia en España y alcalde de Madrid. La política es implacable y cruel, está poblada de lobos. Recuerdo, por ejemplo, el día que enteramos a mi madre: sonó el teléfono en casa, era Jacques Chirac para anunciarle a Nicolas que sería el sustituto de Philippe Séguin a las elecciones europeas. La noticia me resultó insoportable, precisamente en ese día tan triste para mí. Ponía en evidencia lo irrespetuosa que puede llegar a ser la vida política”.

Sin embargo, en los años junto a Sarkozy, Cecilia se convirtió en su más eficaz y cercana colaboradora. Primero del que fuera alcalde de Neuilly-sur-Seine, diputado de la Asamblea Nacional, ministro de Presupuestos del Estado, del Interior y de Finanzas, y finalmente presidente de Francia en 2007. Incluso hay quien asegura que detrás de algunas de las decisiones de Sarkozy (como el nombramiento de Rachida Dati, gran amiga de Cecilia, como ministra de Justicia y primera política de origen magrebí en ocupar un puesto relevante en la Administración francesa), se intuía la mano de hierro en guante de terciopelo de la bisnieta de Albéniz. Lo cierto es que Cecilia se implicó a fondo en la campaña presidencial y durante los seis meses que vivió en el Eliseo como primera dama, tuvo su propio despacho “instalado –me cuenta– en la planta baja del ala este, en un coqueto salón abierto a un pequeño jardín francés cercano al ala privada del palacio. En una salita adjunta contaba con una biblioteca donde recibía a las visitas, convocaba reuniones e incluso en alguna ocasión di alguna cena en *petit comité*. Desde ahí me encargaba también de responder a las cientos de cartas que recibía diariamente, y atendía todas las peticiones que se me hacían, si estaba en mi mano. Siempre me ha llenado de satisfacción poder ayudar. Creo que esa ha sido mi misión en la vida: cuidar y ayudar”.

“Mi tête a tête con Gaddafi”

Pero sin duda lo que situó a la primera dama francesa en todas las portadas internacionales fueron las entrevistas que mantuvo con Gaddafi en julio de 2007. Hacía ya nueve años que cinco enfermeras búlgaras y un médico palestino, nacionalizado búlgaro, permanecían encarcelados por el régimen libio. Estaban a la espera de ejecución, tras haber sido brutalmente torturados por haber inoculado, supuestamente y sin pruebas, el virus del SIDA a 438 bebés en el Hospital de Benghazi. A día de hoy todavía no se sabe cómo

fueron infectados esos bebés. El caso es que el asunto llevaba años intentando ser desentrañado, sin suerte, por políticos occidentales. De manera que Cecilia, de común acuerdo con su marido, el presidente Sarkozy, decidió viajar en misión humanitaria a Libia. “El 12 de julio partimos en avión hacia Libia, dos personas de seguridad, dos colaboradores de Nicolas y yo. Gaddafi nos recibió, después de hacernos esperar más de cinco horas en una tienda levantada junto al palacio presidencial, apenas reconstruido después del bombardeo americano en 1986. Parecía un decorado de película. Dos guardaespaldas nos acompañaron a su interior. Apareció Gaddafi con un intérprete. Me impresionó su rostro, casi deforme. Parecía estar bajo los efectos de somníferos, ya que se movía con torpeza. Me preguntó si hablaba inglés y le contesté que sí. Entonces echó a todo el mundo y nos quedamos solos, frente a frente. Empezó a hablar en un monólogo interminable. En cuanto pude tomé la palabra, le expliqué mi intención de visitar a las enfermeras encarceladas y le pedí que las liberara. Francia a cambio se comprometía a acabar de construir el hospital de Benghazi. De repente, estalló en cólera, me despidió secamente y nos montaron en un Jeep que nos conduciría a la cárcel, donde visitamos a las enfermeras y al médico, que encontramos en un estado lamentable. Regresamos a París y, al llegar, recibimos un mensaje de Gaddafi diciendo que podíamos volver a Libia para ir a buscar a los seis prisioneros, comprometiéndose a liberarlos. A los dos días partimos hacia Libia y Gaddafi nos hizo saber que quería verse, de nuevo, a solas conmigo. Mandó un coche a recogerme, que me llevó hasta su búnker, cerca del palacio presidencial. Primero me entrevisté con su hijo Saif, el negociador más duro que jamás tuve delante. Luego me pasaron a una sala enorme, con montañas de libros apilados y allí estaba Gaddafi. Cerró la puerta con llave y nos quedamos solos. Después de una conversación surrealista, seguida de una

“Los primeros días en la Academia Militar me presentaba como Louis Adams, pero enseguida corrió la voz de que era hijo de Sarkozy.

Reconozco que soy un privilegiado, pues me he criado entre dos culturas. Con 10 y 12 años conocí a los presidentes George Bush y Barack Obama. Y mientras mi padre era el presidente de Francia, pasaba mis vacaciones en el Eliseo. No está mal. ¿No le parece?”

(Louis Sarkozy)

Una vida de guión

Bisnieta de Isaac Albéniz, nieta de embajador, hija de un zíngaro judío instalado en París y con dos matrimonios a sus espaldas con personalidades de renombre, Cecilia disfruta ahora de su retiro dorado en Manhattan junto a Richard Attias, su tercer marido.



1



2



3



4



5



6

1. Junto a Jacques Martin, su primer marido y archiconocido presentador de la televisión francesa con el que tuvo dos hijas. 2. Cecilia y Richard Attias, su tercer marido, durante un evento. 3. Con Nicolas Sarkozy, su segundo marido, tuvo a Louis, su único hijo varón. 4. El matrimonio Sarkozy se besa durante la investidura de él como presidente de Francia (mayo de 2007), a la dcha. Jean Sarkozy, nacido del primer matrimonio del presidente. 5. Cecilia y Louis Sarkozy junto a Mozah, la favorita del emir de Qatar y madre del actual emir. 6. Cecilia Attias con el modisto Paco Rabanne (París, 2003).

fuerte discusión en la que se negaba a liberar a los cautivos, finalmente accedió a hacerlo, pidiéndome que antes conociera a su hija. Ya eran las dos de la madrugada. Un coche me recogió y me llevó por los suburbios de Trípoli hasta llegar a una casa de estilo hollywoodiense, donde residía la hija de Gaddafi, que me recibió y me invitó a cenar, en todo momento asistida por una cohorte de personal de servicio. A las cuatro de la madrugada regresé al hotel exhausta. Allí me esperaban varios ministros de Gaddafi para seguir discutiendo, en una suerte de negociación absurda, sobre la liberación. Yo repetía nuestro compromiso de construir un hospital excelente, pero ellos no parecían escucharme. Finalmente accedieron a la liberación, que tardó todavía varias horas en producirse. Conseguimos que tanto las enfermeras como el médico subieran a nuestro avión para llevarlos hasta Sofía. Recuerdo la crisis de llanto que me entró durante el regreso a París, producto del agotamiento y el estrés emocional que había sufrido. Mis hijas me llamaron por teléfono y los sollozos no me dejaban ni contestarles”, relata Cecilia, mientras Louis, que no ha despegado los ojos de su madre durante toda la charla, asiente. “Se lo he oído explicar infinidad de veces y siempre me llama la atención lo mucho que se emociona al recordarlo”, afirma.

El joven filósofo

Louis Sarkozy, el hijo menor de Cecilia y el ex presidente francés, tiene los mismos pómulos eslavos que su madre. Alto, espigado y de modales impecables, pasa a un ritmo frenético, de un francés exquisito, a un inglés con acento americano y se expresa con una contundencia fuera de lo normal para un joven de 23 años. Es una fuerza de la naturaleza, digo para mí, e intuyo que ha heredado la personalidad arrolladora de su padre, con el que mantiene una estrecha relación. A los 11 años Louis dejó París, para instalarse con su madre y Richard Attias en Nueva York. Allí estudió, primero en el Liceo Francés y después pasó cuatro años en la academia militar de Valley Forge (Pennsylvania), donde acabó sus estudios. “Una experiencia muy dura –confiesa, mientras nos muestra una foto en la que aparece posando con el uniforme de la academia y una expresión sombría en su rostro–, pero en la que aprendí mucho”. Después cursó Historia y Filosofía, sus dos grandes pasiones, en la Universidad de Nueva York. Hace un año Louis hizo una incursión en el mundo de la moda colaborando con Boonper, una marca de calzado fundada por dos españoles veinteañeros a través de Lanzadera, la incubadora de empresas del presidente de Mercadona, Juan Roig. Se trata de una línea de mocasines cosidos a mano en un pequeño taller de Almansa (Albacete) que ha enamorado a estrellas de Hollywood. Y Louis ha creado para esta firma su propia colección, llamada *Enigma* e inspirada en cuatro grandes figuras: William Shakespeare, Marie Curie, Sigmund Freud y Thomas Jefferson. “Siempre se recurre a estrellas del deporte o del cine para inspirar colecciones de moda, pero mi propuesta fue recurrir a grandes intelectuales o científicos, para hacerlo”, explica. Además, Louis trabaja durante unos meses para un banco de Bogotá y después su intención es “recorrer mundo”. Vive en un apartamento del SoHo junto a su perro labrador, Hitch (en homenaje a Christopher Hitchens, uno de sus

autores favoritos) y su novia, Natali, una joven pianista croata especialista en Chopin que disfruta interpretando a Albéniz para su futura suegra. Louis es un lector voraz, muy activo en redes sociales. Su Instagram @sarko_junior acumula miles de seguidores; en ella cuelga sobre todo textos subrayados de sus autores de cabecera, desde Gore Vidal hasta Sartre, Seneca, Mark Twain, Stefan Zweig o Virginia Woolf, entre otros. Respecto al ocio, dice que practica running por Manhattan y que le divierte organizar cenas en su apartamento. “Me gusta mucho estar con amigos. Así que las cenas en casa siempre acaban con una tertulia sobre temas de actualidad”. Este gran interés cultural que comparte con su madre es el que le llevó a escribir con ella un libro a cuatro manos, *Une envie de désaccords* (Ed. Plon), que pronto será traducido al inglés y al castellano, en el que, en forma epistolar, hablan y discuten sobre religión, política, historia, ética, medio ambiente o relaciones familiares. “En casa nunca ha habido temas tabú y siempre nos ha gustado hablar de infinidad de cosas –afirma Louis, que ha dedicado el libro a su padre–. Mi madre y yo tenemos grandes discusiones sobre cualquier tema, ya que a los dos nos encanta polemizar. Ella es muy religiosa y yo ateo, así que sobre religión hemos discutido hasta agotarnos. De ahí surgió la idea de escribir un libro juntos. Durante un año y medio nos mandamos cartas por email sobre temas que nos interesaban a los dos y ese ha sido el cuerpo central del libro”.

Louis confiesa que se siente europeo al cien por cien, aunque adora Nueva York. “Coincido con Georges Steiner en que Europa es sinónimo de las tertulias en los cafés y de la historia que se palpa en sus ciudades y museos, pero me gusta la vitalidad americana. Tengo grandes amigos aquí y también en París, a los que veo a menudo cuando voy a visitar a mi padre y a Giulia, mi hermana pequeña”. En cuanto a llevar a cuestras el apellido Sarkozy, afirma que no le pesa, sino todo lo contrario: “Es verdad que al empezar el curso en la academia militar intenté presentarme como Louis Adams, pero enseguida corrió la voz de que era el hijo de Sarkozy y dejé de esconderme. Y aunque es verdad que somos una familia... digamos “atípica”, me considero un privilegiado, pues tengo una excelente relación con mis padres y sus respectivos cónyuges, así como con todos mis hermanos. Además, me he criado en distintos países, vivo entre dos culturas y he conocido a mucha gente interesante. A los 10 años, por ejemplo, a George Bush y a los 12 a Obama. Y mientras mi padre era el presi-

dente de Francia, pasaba mis vacaciones en el Eliseo. No está nada mal ¿no le parece?”

El encuentro con Barack Obama al que alude hoy Louis, fue así. “Mi hijo –reconoce Cecilia–, siempre ha sido un apasionado de la historia, así que cuando nos mudamos a USA decidimos regalarle por su 12 cumpleaños una escapada a Washington. Visitamos museos y monumentos y, como sorpresa, organizamos una visita a la Casa Blanca. Recorrimos los salones, las cocinas y hasta la bolera, situada en el sótano... De repente un secretario se acercó a nosotros y nos avisó de que el presidente Obama nos saludaría. Louis estaba entusiasmado. El presidente nos recibió con gran simpatía, charló con todos y nos hicimos fotos. Fue un gran regalo de cumpleaños, sin duda”.

Fue un gran regalo de cumpleaños, sin duda”.

La tarde cae sobre Central Park y, después de innumerables cafés, refrescos y todas las variedades de bombones habidos y por haber, llega el momento de despedirnos. Mientras recogemos, oigo cómo Cecilia y Louis hablan en voz baja y con cierta tensión. El tema es la comida del domingo. Cecilia contaba con Louis y su novia, pero él le dice que tienen plan con amigos. Ella protesta y Louis se defiende. “Todas las familias son iguales”. Ya en el ascensor, Louis nos recomienda cenar en Le Lucien, su restaurante favorito de Manhattan. Y, tras abrazarnos, lo dejamos charlando con el conserje del edificio sobre la situación en Bogotá. Lo dicho: todas las familias son iguales.

Cuatro días después de regresar de Nueva York para realizar este reportaje, Trump cerró el espacio aéreo por la pandemia del Covid-19. “Este va a ser nuestro momento Pearl Harbour”, declaraba Jerome Adams, administrador de la Salud Pública en USA, a mediados de marzo. Semanas después, Cecilia nos confiesa al otro lado de la línea de teléfono que Nueva York está desierta, extrañamente silenciosa y vacía. “Es alarmante la cifra de muertos –continúa– y muy preocupante la situación de todos los trabajadores que no tienen coberturas sociales y que no podrán pagar ni siquiera el alquiler de sus viviendas.”. Me aclara que Richard y ella estaban pasando el confinamiento totalmente aislados en su casa de campo de Connecticut. “Es un privilegio estar aquí, porque podemos salir a pasear sin encontrarnos con nadie. Mi hija Judith está en su casa del Upper East, haciendo teletrabajo. Jeanne Marie está en Londres con su marido, trabajando también desde casa y entreteniendo a sus tres niños, aún muy pequeños. Y Louis está confinado en su apartamento del SoHo junto a Natali, su novia, sin apenas salir de casa”.

Lo dicho, una familia normal. O casi. **T**



Cecilia frente a la pared azul petróleo del comedor. “No solemos recibir mucho en Manhattan, lo hacemos más en la casa que tenemos en Connecticut”, comenta.